

Un mayor compromiso con este país.

**Discurso con motivo del Doctorado
Honoris Causa
Universidad Nacional de Colombia**

DANIEL PÉCAUT

No voy a disimular mi sorpresa, mi emoción y mi gratitud por tan inmerecido honor. Durante estos últimos días, desde cuando me avisaron de la decisión del Consejo Superior, traté de encontrar razones que pudieran justificar tal otorgamiento y me permitieran comparecer a este acto. Finalmente, alcancé a pensar que podía haber tres razones, de las cuales sólo las dos primeras tenían que ver conmigo.

La primera consiste en el hecho de llevar treinta y cinco años de amistad con este país y de tener numerosos amigos en él. Una parte importante de mi vida ha transcurrido aquí y, aunque mi acento nunca mejoró, me fui identificando poco a poco como miembro de esta sociedad, a menudo sintiendo los vaivenes de su historia reciente con mayor fuerza que los de mi otro país. Se fue creando así lo que un psicoanalista llamaría una

relación fusional en la cual uno no se puede abstraer de lo que acontece con el otro. Veo el reconocimiento que se me otorga hoy como un paso suplementario hacia mi conversión en ciudadano binacional. Esto me llena, lo digo sinceramente, de una inmensa gratitud.

La segunda razón es que estuve vinculado con la Universidad Nacional desde mi primera venida. En ese momento Orlando Fals Borda y Darío Mesa estaban creando el Departamento de Sociología, una etapa grande en la modernización de esta universidad. Después, fui varias veces profesor invitado de espacios académicos de la Nacional, siempre feliz de estar vinculado con la universidad donde se albergaba gran parte de la vida intelectual del país.

La última razón es bien diferente. Tiene que ver con las circunstancias que vive Colombia. Sabemos de las amenazas

DANIEL PÉCAUT.
Sociólogo,
director del
Centro de
estudios sobre
movimientos
sociales de la
escuela de Altos
Estudios Sociales
de París.

siempre mayores que se ciernen sobre el mundo académico. No puedo hablar en este recinto sin referirme a Jesús Antonio Bejarano y Darío Betancourt, asesinados hace poco, a Eduardo Pizarro, víctima de un atentado, los tres intelectuales de alto rango, los tres amigos cercanos desde hace tiempo. Frente a semejante barbarie, se vuelve una tarea urgente fortalecer los vínculos con la comunidad académica internacional para que ésta se haga más atenta a lo que sucede aquí. Recibo, pues, el honor que Ustedes me hacen como un encargo: el de contribuir a establecer más puentes entre nuestras instituciones. Ser "colombianista" implica de aquí en adelante un compromiso, el de volverse militante de la causa democrática colombiana.

RECHAZO A LA MODERNIZACIÓN

Recordé que llevo treinta y cinco años de estar en contacto con Colombia. De hecho, estaba por primera vez de paso en Bogotá cuando la operación de Marquetalia. Sabía muy poco, por no decir nada, de la vida política doméstica. Mi única referencia era *La Violencia* anterior. Percibí entonces el acontecimiento como relacionado con el pasado más que como la fase inaugural de la guerra de ahora.

En estos días se ha vuelto un lugar común afirmar que este país está en guerra civil, precisamente, desde hace treinta y cinco años, desde Marquetalia. Tengo que confesar que no comparto esta visión. Me parece que no corresponde a los hechos pues los candentes conflictos en ese momento presentes no implicaban una guerra. Tal apreciación tiene el defecto de las interpretaciones retroactivas, que miran el presente como la consecuencia inevitable del pasado, olvidando que no hay tal determinismo y que cualquier acontecimiento puede producir efectos muy diferentes. Además, tal mirada implica hacer de la narrativa heroica de una organización la historia oficial de toda la nación.

Volviendo a esos tiempos, ¿cuál era la percepción de un extranjero al descubrir este país por primera vez? Sorprendía que no fuera la pobreza, la misma de muchos

otros países y menos notoria que ahora, al menos en las ciudades. Sorprendía más bien la manera como se hacían visibles las diferencias de estatus social por las maneras de vestirse, unos con ruana y otros con corbata de empleado o con el traje y las gafas negras de los ejecutivos, pero también por las maneras de caminar en la séptima y las formas de dirigirse los unos a los otros, por el "Su Merced" boyacense que tanto se escuchaba. Es decir, saltaba a la vista todo lo que faltaba para que el imaginario de la igualdad se impusiera, ese esquema generador de la democracia según Tocqueville.

Asimismo sorprendía el poder de instituciones como la Iglesia y el hecho de que siguieran anhelando la restauración de un orden moral por cierto nunca existente, pero cuya nostalgia servía para mantener un control fuerte sobre las clases subalternas y condenar las expresiones de inconformismo. Recuerdo siempre el tiempo que pasé en Medellín, mi extrañeza frente a la vigilancia de tales instituciones sobre la vida pública y privada en un estilo a veces semejante a la España franquista. Es decir, me pareció que resultaban más notorios el tradicionalismo cultural, el rechazo a la modernidad y el pronunciado provincialismo, que las reglas del Frente Nacional. Para legitimarse el mismo régimen apelaba a los valores religiosos, como si considerara que la legitimidad democrática era demasiado precaria, sospechando de los intelectuales modernizadores como si fuesen tan peligrosos como los agitadores revolucionarios. Basta recordar que la brillante crítica de arte, Marta Traba, tuvo que salir del país.

Poco a poco aprendí a discernir otras cosas. Percibí que a lo largo de la historia se había creado un sentimiento de humillación de las clases subalternas, muy diferente del sentimiento puro de pobreza. La "humillación" es el revés de lo que las élites llamaban las "clases humildes". Tal sentimiento tenía que ver con el hecho de que realmente nunca se habían consagrado derechos civiles y sociales. No era sólo una cuestión de derechos concretos, sino de la carencia de una simbo-

logía nacional capaz de hacer que todos se sintieran miembros de una misma comunidad política. En estas condiciones seguían prevaleciendo vínculos de dependencia social, no necesariamente hacia los más poderosos, sino hacia esas múltiples redes de intermediarios dotadas de un cuasi monopolio de la vida política local utilizando sus mandatos para sus propios intereses.

Por supuesto para muchos existía otra fuente de humillación, la derivada de la reciente experiencia de la *Violencia*, en cuanto muchos campesinos percibieron que habían hecho una guerra que no era la suya, sino de las élites e intermediarios políticos, pese a que se acusaba a las víctimas de los crímenes que otros habían decidido. La paz del Frente Nacional implicaba el silencio sobre lo acontecido e impedía, otra vez, la construcción de un relato colectivo que permitiera la elaboración simbólica de la experiencia de las víctimas.

¿Cuál es la expresión política de la humillación? Me parece que la ambivalencia con respecto a los poderes, sean ellos institucionales o no. Se obedece cuando toca, pero al mismo tiempo se rechaza el poder. Se pasa imperceptiblemente de un momento al otro, de una aparente pasividad a manifestaciones de rabia. Muchas veces Gaitán hizo referencia a tal ambivalencia, también presente en la votación de 1970 a favor de la Anapo, movimiento que recogió la inconformidad de los sectores populares gracias a sus propias ambigüedades.

Alcancé a descubrir hasta qué punto la desconfianza hacia el Estado formaba parte de la cultura política de la mayoría de los colombianos, fenómeno que tampoco tenía que ver sólo con las limitaciones de las políticas públicas. Se trataba de algo más profundo relacionado con la idea de que las libertades se construyen limitando las prerrogativas del Estado, que el derecho de rebelión política es la última garantía, todo bajo la influencia tanto de la concepción liberal inglesa, como de la concepción española de los fueros y la legítima rebelión. Ahora bien,

si la desconfianza hacia el Estado era generalizada, sin embargo existía una diferencia entre aquella parte de la población sometida a las regulaciones estatales –así fuera parcialmente–, y esa otra fuera de todo control en las múltiples zonas donde prevalecían más bien las regulaciones privadas.

Finalmente me parecía que la política de esta sociedad tenía un sentido diferente del que poseía en las sociedades europeas, en cuanto aquí era el medio para construir las identidades colectivas, pero también las personales. Ser sujeto pasaba por asumir una identificación partidista y apropiarse una retórica política que, con sus gestos convencionales y su repetición de mitos colectivos, aseguraba el acceso pleno a la calidad de sujeto político.

Junto a estos procesos conocí de cerca la otra cultura política, la cultura revolucionaria que por entonces se consolidaba en las universidades especialmente. Para tener derecho al trabajo de investigación en el contexto de la Nacional tuve que comparecer frente a la FUN, la poderosa federación estudiantil de la época en torno a la que se agrupaban múltiples corrientes de la izquierda revolucionaria, y esperar con ansiedad cómo se me clasificaba: agente de la CIA, denominación común para un extranjero, o apto para tomar contacto con el “pueblo colombiano”. Por suerte la FUN me ubicó en la segunda categoría permitiéndome estar hoy aquí. Mirando a distancia el radicalismo de esa época, diría que poseía una dimensión cultural libertadora del mayor significado frente al conservadurismo cultural, inclusive porque implicaba referencias al mundo exterior en función de los modelos adoptados. Pero tenía también componentes tradicionales, como el elemento religioso sobre el que se cimentaban las escogencias de muchos, o las visiones dicotómicas entre lo bueno y lo malo, lo puro y lo impuro, así como un cierto desprecio hacia las percepciones propias de las clases subalternas. De hecho, me parece que uno de los problemas de la época radicaba en la distancia que había

entre el proyecto modernizador revolucionario de los estudiantes, y las reivindicaciones de los varios sectores populares. Además, en muchos casos, el traumatismo de la *Violencia* anterior hacía que estos últimos no estuvieran deseosos de reanudar la guerra.

No estoy seguro que se haya tomado suficientemente en cuenta el impacto del rechazo de muchas instituciones a la modernización cultural. A menudo se habla del impacto de la "cultura de la intolerancia", noción que me parece muy discutible ya que con muy buenas razones se podría hablar también de cultura de la tolerancia. Pero creo que tanto el sentimiento de humillación y de ambivalencia, como la difícil transición cultural, sí fueron y son factores que, al lado de otros, contribuyeron a quitarle sustento a las instituciones.

UN CONFLICTO PROSAICO

Desde hace veinte años estamos frente a otro país. El problema es que no sabemos de qué país se trata, si está en proceso de destrucción o si algo nuevo se perfila. A cada momento se producen acontecimientos que parecen cambiar del todo el panorama, pero en seguida caen en el olvido. En cada uno de mis viajes tengo la impresión de ver una película antigua donde se producen pequeños saltos entre imágenes, pero la misma historia permanece. De la misma forma suceden momentos de esperanza y momentos dramáticos, sin que en ningún momento se interrumpa la tendencia a la agudización de la violencia. Así, poco a poco, se ha configurado una de las peores tragedias del mundo contemporáneo sin que la opinión colombiana estuviera plenamente consciente de lo que estaba pasando. Como francés y en función de la memoria que ello implica, me he esforzado en entender cómo los fascismos han podido implantarse sin que contemporáneos lúcidos, inclusive grandes intelectuales, se hubieran dado cuenta de lo que estaba en gestación. No faltaban los pacifistas que, por serlo, no querían entender nada. ¿Cómo analizar la mons-

truosidad que había tenido lugar? Hubiera sido un alivio descubrir que la responsabilidad la tenían unos monstruos. Sin embargo, recientes trabajos de historia muestran que la mayoría de los criminales fueron personas comunes y corrientes que en otro contexto hubieran sido ciudadanos modelos. Se pierde tiempo, pues, buscando factores psicológicos que les predispusieran a actuar de esta manera. No se pretende confundir fenómenos que no tienen nada que ver. En Colombia no estamos frente a grandes conflictos doctrinarios o ideológicos, y los proyectos propiamente totalitarios ya no están al orden del día, afortunadamente.

Con todo, las atrocidades en Colombia también se han vuelto una rutina. Las masacres, los homicidios, los secuestros y el miedo hacen parte de la realidad cotidiana. Se ha llegado a la terrible cifra de un millón ochocientas mil personas desplazadas, a menudo expuestas al terror del que pretendieron huir. Igual aquí son personas comunes y corrientes las involucradas en estos actos. La reflexión de Hannah Arendt sobre "la banalidad del mal" vale para el caso colombiano. Sirve además para entender cómo la opinión se puede acostumbrar a semejante situación. Durante mucho tiempo no faltaron los comentaristas afirmando que la violencia era la misma de siempre, negándose a reconocer que se trataba de algo muy diferente. Se manejaban eufemismos como si con ello se atenuara la gravedad de la situación. Se continuaba haciendo referencia a las instituciones y las reglas de derecho, como si no se estuviera produciendo un gigantesco proceso de desinstitucionalización y desacato a los derechos elementales. Se analizaba el conflicto armado en términos tradicionales, como si no se hubieran dado transformaciones tremendas con el fortalecimiento de los antiguos protagonistas y el surgimiento de los nuevos.

No es el lugar para volver sobre las múltiples explicaciones propuestas a la agudización de la violencia. Personalmente siempre he hecho énfasis en el impacto del narcotráfico, tesis no compartida por todos. Sin olvidar las múltiples di-

mentiones de la violencia quisiera mencionar algunas de las más relevantes características del conflicto armado. En una palabra, diría que la violencia se ha vuelto esencialmente prosaica. Muchas de las guerras de la posguerra Fría presentan esta misma característica. En el caso de las guerras que afectan algunos países africanos o asiáticos los analistas muestran una serie de características: se desarrollan sobre el control rebelde de ciertos recursos económicos; tienden a asumir un aspecto crónico; los actores armados adquieren intereses materiales propios, con un pie en lo local y otro en las redes del tráfico internacional; adoptan estrategias cada vez más distantes de los problemas de la población; van segmentando el territorio nacional y esto a su turno acelera el derrumbe institucional; se borran los límites entre violencia política y violencia no política.

No todos estos rasgos corresponden al conflicto colombiano. Éste conserva huellas de sus etapas previas. Tiene más protagonistas de diversa índole que las otras guerras, mayor mezcla de cooperación y antagonismo entre ellos. Algunos, como los narcos, ante todo están movidos por sus lógicas económicas. Pero la situación colombiana se aproxima más y más a estas otras guerras.

También es prosaico por el tipo de relaciones establecidas la mayoría de las veces con la población. Ya no buscan vencerla, y mucho menos hacerla soñar con un futuro radiante, sino obligarla a plegarse o huir, a adaptarse a fronteras materiales e inmateriales invisibles, sin derecho de franquearlas. Por esto he escrito recientemente en un periódico francés que ésta no es una guerra civil sino una guerra contra la sociedad. Puede ser que ciertos sectores tengan simpatías hacia uno u otro de los protagonistas, pero no es el caso de la mayoría y en zonas disputadas los habitantes, a menudo, se vuelven rehenes.

Finalmente es prosaico porque frecuentemente los actores buscan provocar la confusión para desorientar más, dejando de reivindicar las masacres y asesinatos, utilizando servicios de terceros,

secuestrando al azar. El resultado está a la vista: resulta muy difícil que una opinión pública se fortalezca en medio de tal confusión. No existe mayor símbolo de esta desorientación que la duda que prevalece, frente a varios asesinatos, sobre si su autoría fue de un actor o de su opuesto.

Esto no implica que haya simetría entre los actores, ni en cuanto a los intereses que se mueven detrás de ellos, ni en las complicidades de que gozan o las atrocidades que cometen. Además, en la actualidad vemos cómo la internacionalización del conflicto podría agudizar todavía más la confrontación y cómo se va dibujando una peligrosa polarización de la opinión que podría aumentar el riesgo de guerra civil.

Hasta el momento, de manera admirable, los colombianos han rechazado cualquier salida autoritaria, pero se advierte que eso podría cambiar. De hecho se está llegando a un momento decisivo en el cual, o bien el proceso de negociación da pasos adelante o bien se llega a una situación todavía más incontrolable.

LA UNIVERSIDAD

Las universidades colombianas, ya lo mencioné, no han escapado al clima de intimidación. Se esperaría que las élites estuvieran conscientes de la necesidad de hacer todo para garantizar sus actividades. Con ocasión de un reciente suceso trágico fuimos testigos de las críticas formuladas a la Universidad Nacional de Colombia, desconociendo su papel como la institución académica de mayores contribuciones al desarrollo científico y, por esto mismo, de mayor reconocimiento internacional. Sobra decir que preservar la vida académica es una tarea más importante que nunca: la universidad es una pieza central en el mantenimiento del espacio público, ocupa un lugar especial dentro de la sociedad civil y su articulación con el conjunto de las instituciones. Tiene como vocación elaborar la historia de la nación y, por ello, contribuir a la construcción simbólica de la comunidad nacional. En una coyuntura donde, por

las dudas sobre el futuro se va produciendo un desconocimiento radical del pasado, tal tarea es fundamental. Aceptar que se desfigure o se borre el pasado como si no hubiera sido sino un caos permanente, es hacer el juego a los que manejan la confusión como arma.

La universidad es uno de los lugares donde se puede, a través del debate democrático, elaborar la reflexión sobre la reconstrucción del país sin plegarse a las imposiciones de los actores armados. Exigirles a estos que reconozcan los fueros de esta institución y de la sociedad civil en su conjunto, es esencial para cualquier proceso de negociación. Salvaguardar la libre expresión es una condición para preservar un mínimo de institucionalidad.

Al comienzo del discurso indiqué que el honor que se me hace implica para mí un mayor compromiso con este país, es decir, compartir el mismo compromiso

de muchos de ustedes. Primero un compromiso académico. Tratar de producir inteligibilidad es una tarea que todos nosotros, investigadores, compartimos. Después un compromiso ético. Llega el momento en que no es suficiente contextualizar y explicar lo que está sucediendo sino que se tiene que volver a lo que el filósofo canadiense Charles Taylor llama las evaluaciones fuertes, las que sirven para marcar fronteras entre lo tolerable y lo intolerable, tarea indispensable si se quiere hacer saber a los actores que ninguna circunstancia pasada les exime de su responsabilidad sobre las acciones que violan los derechos elementales. Es un compromiso ineludible para seguir sosteniendo un espacio público tan amenazado.

Nuevamente expreso mi gratitud sin límites. Mi solidaridad con Colombia tampoco tendrá límite.



La serenata / 4 x 1.25 (acrílico)